

Centrópolis®

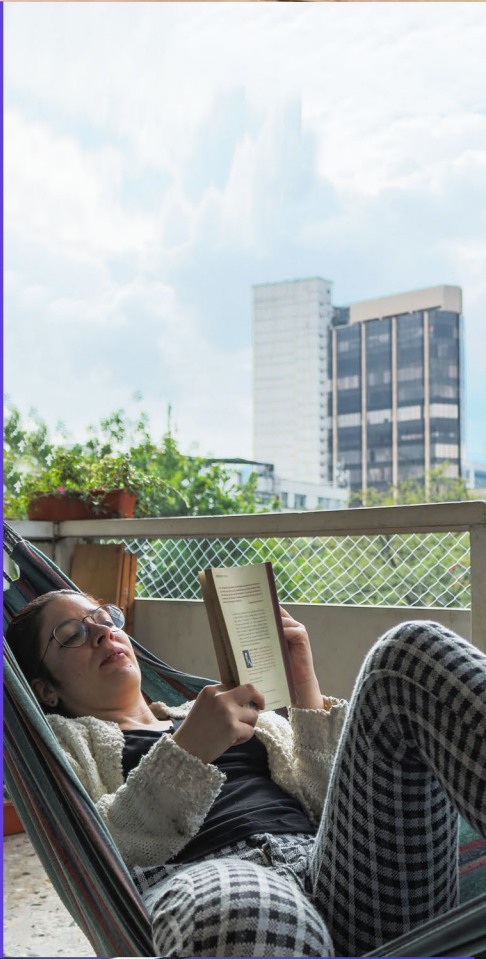
El Periódico del Centro de Medellín



Bomboná - Boston - Calle Nueva - Colón - Corazón de Jesús - El Chagualo - Estación Villa - Guayaquil - Jesús Nazareno - La Candelaria - Las Palmas - Los Ángeles - Perpetuo Socorro - Prado - San Benito - San Diego - Villanueva



Cómo se ha habitado el centro de Medellín a través de los años



Desde 1997 se celebra en el centro de Medellín el festival San Pachito, un homenaje a las tradiciones del Pacífico colombiano a través del que se visibiliza el patrimonio cultural inmaterial de las comunidades negras en la ciudad.

Archivo 2017.



En esta edición

El centro de Medellín: un mutante eterno de mil rostros	4 y 5
Las nuevas maneras de vivir en el centro	6 y 7
Epicentro del pensamiento, el arte y la cultura	8 y 9
La casa de los anónimos	10 y 11
Cómo se vive en uno de los barrios menos habitados de Medellín	12 y 13
Planes parciales seducirán a pobladores para mirar de nuevo al centro	14 y 15
La fiesta y la cultura: otras formas de habitar el centro	16 y 17
Comunidad del centro clama por más escenarios deportivos públicos	18

ISSN 1692-813X

Director: Jorge Mario Puerta Soto

Comité Editorial: Carlos Restrepo Mesa (vicepresidente Corpocentro), Edal Monsalve (consejero comunal de Planeación Local, comuna 10 La Candelaria), Juan David Belalcázar (director de la Alianza Cultural por el Centro), Carlos Mario Sánchez (docente), Davis Zapata (Alcaldía de Medellín), Manuela Noreña (edil comuna 10), Jorge López (presidente JAC Villanueva), Carlos Maya (habitante del centro).

Editora: Vanessa Martínez Zuluaga.

Periodistas: Andrés Puerta, Vanesa Restrepo, Luisa Fernanda Rodríguez y Juan Moreno.

Fotógrafos: Omar Portela y Giuseppe Restrepo.

Diseño y diagramación: Carlos Mario Mazo.

Síguenos en:

www.centropolismedellin.com

Twitter: @Centropolis_med

Facebook: Periódico Centrópolis

Instagram: @centro_de_medellin

Envíanos sus comentarios

y sugerencias al correo

comunicaciones@corpocentro.com



Alcaldía de Medellín

Este medio es apoyado parcialmente con dineros públicos priorizados por habitantes de la Comuna 10 – La Candelaria, a través del Programa de Planeación del Desarrollo Local y Presupuesto Participativo de la Alcaldía de Medellín.

El centro de Medellín: un mutante eterno de mil rostros

Por: Víctor Vargas

Dijo algún economista y autor local que las ciudades son el reflejo de quienes la habitan, pero en el caso de Medellín ese tiempo parece que ya pasó y hoy su centro, que una vez fue origen de la urbe y espejo de sus gentes, es en la frase habitual, “un lugar de todos y de nadie”.

Desde los primeros españoles y criollos asentados en la Plaza Mayor o Parque de Berrío, hasta el presente con una multiplicidad de actores -más itinerantes que residentes-, muchos son los rostros de quienes han habitado el centro.

Y es que, advierte el gestor cultural, exdirector del Teatro Pablo Tobón Uribe y hoy director del Claustro de San Ignacio para Comfama, Sergio Restrepo; la pregunta sobre quiénes han habitado el centro de Medellín, “es compleja y retadora. No creo que haya una sola o única forma de contestarla porque no hay un centro, tendríamos que hablar entonces primero de esos centros”.

Para Restrepo, esa construcción de una posible definición de los residentes de una ciudad, relativamente joven, si se compara con otras de mayor presencia en la historia colombiana o mundial, pasa por considerar el centro geográfico de la misma.

De hecho, el antropólogo y miembro de la Academia Antioqueña de Historia, Víctor E. Ortiz G. relata que el centro de la ciudad en sus primeros siglos gravitó en torno a las élites que se asentaron y la lideraron durante ese proceso de conformación, una situación que la hace diferente de muchas ciudades.

“Por ejemplo, los ricos de París han vivido en el mismo lugar durante siglos mientras que en Medellín los ricos se fueron moviendo y eso es muy particular porque son nuevas maneras de habitar los territorios, de que la ciudad se expandiera de otra manera”, reflexiona el historiador.

Por ello, no debe olvidarse que el 2 de marzo de 1616 es fundada la población de San Lorenzo de Aburrá en el lugar que hoy ocupa el Parque de El Poblado, en el sur y que comenta Ortiz “cuando ya comenzamos a ver la ciudad, hay que saber que los españoles le dejaron un muy buen territorio del valle a los indígenas en lo que hoy conocemos como El Poblado. Era un resguardo indígena muy grande para ellos tener la ciudad española, una nueva ciudad donde hoy está el Parque de Berrío y dejando los terrenos del poblado de San Lorenzo para proteger también a las familias indígenas”.



Es en este punto donde se puede empezar a hablar de un centro geográfico fundacional en relación con lo que se define en la actualidad como el centro, un lugar que por el contrario, para Sergio Restrepo, en su concepto de múltiples centros, aún hoy sigue siendo diverso como sus habitantes.

“Hay un centro geográfico, un centro que está definido, entonces podría ser esa cosa que se llama centro, que yo nunca he podido entender y que va como desde la 30 hasta Zona Norte y desde la 65 hasta la Casa de la Memoria o la 36; otro que es el centro más tradicional que va desde San Juan hasta Echeverry, y desde la Avenida del Río hasta la 36 y para mí como centro fundacional es ese centro que vivimos nosotros, pero lo primero es que hay que acotar de cuál centro estamos hablando”, dice Restrepo quien precisa también que para él no es lo mismo “la Oriental hacia arriba que la Oriental hacia abajo”.

El centro, una ciudad en torno a los poderosos

Ese centro que se mueve según sus habitantes, hacendados y comerciantes, se movió según estos elegían un nuevo lugar para habitar.

Ortiz G. recuerda que de la Plaza Mayor se movieron a Guayaquil, de allí a la ribera de Santa Elena; luego se movieron hacia la Nueva Villa o Villanueva “buscando la cercanía con la catedral y de allí, con otra realidad urbanística que les permitió a los ricos vivir juntos, se movieron todos al barrio Prado. Aquí podemos hablar de un fenómeno de migración de las élites, algo que no se ve en otras ciudades del mundo”.

Hasta este momento, habitaron el centro de la ciudad los medellinenses con mayores capacidades económicas y familias tradicionales y que se mezclaban tanto con quienes proveían los servicios a estas élites -que provenían de los poblados de la

¿Quiénes han habitado y habitan hoy el centro de la ciudad? Las épocas han marcado los distintos rostros de sus ocupantes.

Comienzan entonces a darse en Colombia los fenómenos migratorios desde la ruralidad a zonas urbanas, que encontraron en un centro de Medellín -ya entonces menos residencial y bastante comercial-, un lugar para asentarse y procurar su sustento.

Para Carlos Restrepo, líder cívico y comercial del centro durante décadas, en los años 60, habitaron la zona todavía algunas familias tradicionales asentadas en los edificios y casonas de las calles principales como Caracas, Maracaibo y Palacé. Su familia se asentó en un edificio construido por la suya sobre la carrera Sucre, el hogar que ha habitado por más de 60 años.

“Sin embargo, en los años 50, 60, 70, el centro comenzó a cambiar. Yo lo relaciono también con la migración de las familias tradicionales, el surgimiento de los centros comerciales que se llevaron las marcas comerciales y luego la partida de las sedes de la Alcaldía y la Gobernación hacia el sector de Guayaquil y entonces empezaron a habitar el centro personas con menores posibilidades económicas y todo el fenómeno de residentes sin apropiación por el centro”, apuntó Restrepo.

Este proceso de cambio de habitantes, lo define Sergio Restrepo con una figura bastante sugestiva en la que menciona el proceso por el que las élites se fueron del centro a Laureles, luego a El Poblado y hoy al Valle de San Nicolás. “Entonces al centro se le comieron toda la carne y dejaron el hueso y ese hueso es una especie de analogía con el origen del hombre de una relación muy especial porque al hombre cazador que le quedaba ese hueso buscaba la médula, el tuétano”.

En ese orden de ideas, el gestor cultural explica que la gente que vive en el centro hoy ha variado. “Aún existe un número de personas muy adultas que añoran ese centro antiguo. Lo habitan también muchos jóvenes que han compartimentado esos apartamentos grandes y están viviendo en espacios más pequeños y existe una forma de habitar el centro que son los inquilinatos de todo tipo”.

Para el hoy director del Claustro y el historiador Ortiz G., también habitan el centro aquellos quienes lo hacen vivir, quienes encienden ese concepto de que el centro se apaga “como una máquina”. Que los poco más de 80.000 habitantes residentes que indica Restrepo son los permanentes, se mezclan con múltiples grupos, ahora y a través de los años. Algunos gremios, tribus urbanas que han ido y venido.

En la actualidad, dice Sergio Restrepo, “el centro está habitado de múltiples maneras y por muchas personas. Creo que se convierte en una suma de resistencias de los derechos civiles y el pensamiento muy poderosos y potentes: en Barbacoas está la resistencia de la población LGBTIQ+, así como en San Antonio y cerca de la Plaza de Flórez, está una resistencia de la población negra; además de los grupos de artistas que lo habitan y llenan de magia y de cultura los barrios del centro”

Las nuevas maneras de vivir en el centro

Por: **Vanesa Restrepo**
Fotos: **Omar Portela**

El corazón de Medellín ya no es un barrio residencial, pero aún es habitado por miles de familias y comunidades. Hoy sus residentes, como él mismo, se están transformando.



En una esquina vecina a la Avenida La Playa, en pleno centro de Medellín, **Manuela Saldarriaga** encontró todo el espacio que había estado buscando durante años. Esta es mi habitación, si le sumás el baño y el vestier, es más grande que los apartamentos en los que vivía antes en otros barrios de Medellín, cuenta mientras guía un recorrido por los 200 metros cuadrados de ese sexto piso que hoy comparte con dos amigos y dos gatos.

A 950 metros de ahí, hacia el norte, **Alberto Araque Montoya** mira el techo de 23 metros de altura que lo cubre cada noche. Nunca en su vida se imaginó que iba a tener un palacio para vivir. “Este lugar me encanta porque tiene una energía especial y por eso mismo creo que no cualquiera viviría aquí. ¿Usted dormiría en una iglesia? Pues yo duermo en un templo, solo que no es católico”, dice en referencia al Palacio Egipcio, el hogar que desde hace un año y medio comparte en el día con decenas de agrupaciones culturales, y en la noche con un amigo.

Ellos hacen parte de una nueva generación de habitantes del centro que, lentamente y en la última década, han llegado para darle un nuevo significado al corazón de la ciudad.

Luis Fernando González, arquitecto y doctor en historia, explica que hoy la población del centro de Medellín no es tradicional y que está compuesta por grupos de personas que no necesariamente son familias: La mayoría de casas y apartamentos fueron construidos antes de los años 80, pero están en un entorno de ruido, mucha actividad y pocos espacios verdes, eso hace que sean atractivos para las jóvenes pero no para las familias con niños.

En efecto, en barrios como Boston, Prado y Villanueva se encuentran torres de apartamentos construidos hace más de 30 años, donde las áreas mínimas arrancan en 100 metros cuadrados. El problema es que el precio ha empezado a subir y la explicación se reduce casi siempre, según González, a una ley de mercados: hay buena demanda de este tipo de casas y apartamentos, pero la oferta es estática porque las nuevas unidades de vivienda que se construyen tienen otras características.

Mónica María Pabón, gerente del Centro, reconoce que ese fenómeno de nuevos residentes ya está siendo mapeado y coincide en que vivir en el centro implica bajos costos para estos residentes, pues muchos de los servicios que necesitan como educación, entretenimiento y acceso a bienes, están muy cerca y no requieren gastos adicionales de transporte.

El problema, agrega, es que el suelo en esa zona de la ciudad es costoso: No hay muchos terrenos para comprar, y espacios como oficinas y comercios generan más rentabilidad. Por eso el metro cuadrado para compra de espacio residencial en el centro puede ser incluso más caro que en El Poblado.

Los que somos y estamos

El origen de Medellín está en el centro. Aquí estuvieron los primeros barrios residenciales, casi todos construidos alrededor de los parques de Bolívar y Berrío, donde estaban las principales iglesias.

En 1786 el oidor **don Juan Mon y Velarde**, hizo numerar las casas para identificarlas. Según el documento “*Medellín en Cifras*” expedido por el Dane en los años 70, para entonces había 242 viviendas de un piso y 29 de balcón (dos pisos). Las calles tenían nombres coloniales: San Francisco, San Lorenzo, La Amargura, El Prado, la Carrera, El Sauce, El Resbalón, etc.

Ya en 1912, el censo oficial dice que en Medellín vivían 71.004 personas de las 740.937 que tenía Antioquia. Y según las narraciones del encargado de ese estudio, **J.M. Mesa Jaramillo**, los límites estaban marcados por San Lorenzo (hoy Niquitao), el río Medellín, el barrio Prado y la quebrada Santa Elena.

“Se han levantado numerosos edificios sólidos y elegantes, y un considerable número de habitaciones de estructura delicada y pintoresca. Casi todas

las casas son blancas, limpias, cómodas, provistas de agua en su interior, con deliciosos baños y jardines esmeradamente cultivados, donde se muestran las más hermosas flores de todos los climas”, se lee en su informe en el que además cuenta que se abrieron gran número de calles que tenían como novedad ser rectas y amplias, y que todas habían recibido nombres históricos.

Para 1938, de acuerdo con el “*Primer Censo Nacional de Edificios*” la ciudad ya tenía 26.558 edificaciones de las cuales 17.817 estaban en la cabecera; es decir, en el centro. La América, Belén y Guayabal tenían 1.475, 992 y 463 viviendas, respectivamente. Cabe aclarar que para entonces la entidad responsable de la encuesta, llamada Dirección Nacional de los Censos —adscrita a la Contraloría—, consideraba a estas zonas como corregimientos. En “otros caseríos”, es decir, el resto del terreno municipal, había 5.811 edificaciones.

En 2015, según el Informe de Calidad de Vida de Medellín Cómo Vamos, el centro (comuna 10) tenía 33.318 viviendas equivalentes al 2,67% del total de casas de la ciudad. En 2019 la cifra aumentó hasta 35.339 casas; es decir, se construyeron 2.021 nuevas unidades habitacionales. Con eso la comuna pasó a tener el 3,75% de los hogares de Medellín.

“La vivienda sigue estando, pero sectorizada. Hay barrios como San Benito que antes eran residenciales y hoy son casi todos comerciales, pero también hay nuevos apartamentos en El Chagualo (cerca a la Universidad de Antioquia), en Boston, Villanueva y algunas zonas del barrio San Diego”, explica Pabón.

Y aclara que el Plan de Ordenamiento Territorial de la ciudad le apunta a una redensificación del espacio mediante una renovación total con planes parciales para sectores como El Sagrado Corazón (Barrio Triste) y el Perpetuo Socorro. “Esos planes son complejos porque se debe llegar a

concertaciones y no con una o dos casas, sino con manzanas completas, por eso hasta ahora no se ha logrado. En la administración pasada propusieron 5.000 viviendas nuevas para el centro y no se logró. Ahora con la pandemia, todo se ha vuelto más difícil”, agrega.

Vivir en comunidad

Ómar Portela, estudiante de la Universidad Nacional y fotógrafo de CENTRÓPOLIS, señala que vivir en el centro no es tan distinto. “Yo tengo mi espacio y vivo tranquilo, tengo todo cerca. Incluso saco a pasear a mi perro, la diferencia es que lo hago en la Avenida Oriental”, apunta en tono jocoso.

Mariana Restrepo, residente del barrio Boston, coincide en que en su cuadra la tradición se sigue mezclando con la modernidad: al lado de mi edificio hay una familia que vive en una casa hace más de 30 años y no han querido vender. Hay tiendas en casas construidas hace más de 15 años y en la esquina hay un edificio nuevo y alto. Los que llevan mucho tiempo aquí se conocen y todavía se saludan en la calle y se preguntan por la familia.

Y **Diego Zambrano**, quien llegó a vivir en El Chagualo mientras estudiaba en la Universidad de Antioquia, señala que el barrio tiene un espíritu comercial, con buenas rutas de transporte y la facilidad de conseguir de todo cerca: Fue lo más barato que conseguí para arrendar siendo estudiante, y no era pequeño. Pero no tenía muchos parques cercanos porque los vecinos eran talleres y bodegas. Probablemente por eso la zona se llenó de estudiantes.

En lo que todos los vecinos consultados coinciden es que con solo dos mejoras —una en espacio público y la otra en seguridad— este podría ser el mejor vivero de la ciudad. **■**

Un centro de solo residentes

En marzo de 2020 el Gobierno Nacional declaró la cuarentena por el coronavirus y, de la noche a la mañana, los comercios, oficinas y escuelas de todo el país pararon. En el centro solo quedaron los residentes. Desde su ventana, **Manuela Saldarriaga** vio desaparecer a los vendedores ambulantes, los buses y los estudiantes, visitantes asiduos de sus mañanas. En cambio, cuenta, se quedaron los habitantes de calle y los enfermos que cada día pasaban por una droguería vecina para reclamar sus medicamentos. “Todo se sentía como un domingo por la tarde: sin pitos, sin música, sin vibración. Eran días tranquilos, pero raros”, apuntó.

En el parque de Boston, **Miguel Zapata** dice que se volvió a sentir como en su natal San José de la Montaña. “La única diferencia es que no hacía frío, pero todo el tiempo las calles estaban solas. Usted solo veía gente pasar con las compras, como pasa los domingos en el pueblo”, agregó.



Epicentro del pensamiento, el arte y la cultura

Los más reconocidos artistas, escritores, poetas y músicos que haya dado la ciudad en los últimos 150 años pertenecieron a algunos de estos grupos, verdaderos influenciadores en sus respectivas épocas.

Por: **Juan Moreno**

Fotos: **Giuseppe Restrepo**

La frase “*tertulia literaria*” podrá sonar hoy muy anacrónica, cuando tal vez otros afanes gobiernan nuestra vida, sin embargo, en el siglo XIX fueron famosas las que hacía en su casa *Don Mariano Ospina Rodríguez*, la de *Juan de Dios Aranzazu*, la de *Manuel Uribe Ángel*, la de *Gregorio Gutiérrez González*, la de *Francisco Antonio Zea* y la de *Carlos E. Restrepo*, llamada El Casino Literario y en la que se dio a conocer un tal *Tomás Carrasquilla*.

Ya a comienzos del siglo XX era moneda corriente en el centro de la ciudad, a la sazón, la zona más grande, más habitada y más movida de esa villa bucólica entre montañas que era la Medellín de hace 120 años.

La intelectualidad floreciente de aquel entonces bullía con entusiasmo entre jóvenes poetas, escritores, músicos y artistas de diversa vocación. Las revistas, los periódicos y los pasquines, brotaban con facilidad de las incansables imprentas, y las reuniones y sociedades de contertulios eran eventos bien conocidos y disfrutados en el ambiente cultural y bohemio de la creciente ciudad, a la que esa palabra aun parecía no encajarle dado su aire rural.

Literatura, teatro, filosofía, música, préstamos e intercambios de publicaciones, ideas, discusiones, disertaciones, polémicas, rivalidades y hasta conspiraciones en ambientes rodeados de tranquilidad, luz atenuada y silencio, podrían dominar la romántica escena si ponemos a volar nuestra imaginación retro y adivinar los sacos, chalecos y sombreros de copa de los asistentes, uno que otro bastón y relojes con leontina, mientras se remojava la palabra con café o alguna bebida espirituosa al hablar de las noticias y corrientes de pensamiento que llegaban de Londres y París.

La escenografía propicia para estos cuadros eran, mayormente, librerías como La Restrepo y los cafés, como el Blumen, El Globo y La Bastilla, incluso espacios abiertos como la Plazuela San Ignacio, donde está el paraninfo de la Universidad de Antioquia.

Nombres como *León de Greiff*, *Fernando González*, *Fidel* y *Francisco Antonio Cano*, el ya mentado *Carrasquilla*, *Libardo Parra* “*Tartarín Moreira*” y *Ricardo Rendón*, entre otros, formaron la alineación de Los Panidas, el grupo intelectual

más reconocido hace cien años en Medellín. Algunos de ellos se conocieron en la Escuela de Bellas Artes, en la Playa con Córdoba, cuando la quebrada Santa Elena aun pasaba a cielo abierto.

Oficialmente, el colectivo, como se les llama ahora, nació en 1915 en el Café El Globo, al lado de la entonces Catedral Metropolitana, hoy templo de Nuestra Señora de La Candelaria, en el Parque de Berrío. En ese edificio, propiedad de *Pedro Nel Ospina*, llamado Central, donde estaba el café, nació también el periódico El Espectador en 1887. Hoy funciona el **Café Bar Pilsen**.

Saltando arbitrariamente hasta 1958 y cuando se vislumbraba la sinigual efervescencia de los años 60, tuvo lugar la génesis del bulloso movimiento nadaísta comandado por *Gonzalo Arango*,

Jotamario Arbeláez, *Amilkar Osorio*, *Eduardo Escobar* y otras mentes inquietas.

Mezcla de irreverencia, humor negro y crítica social; la imagen de los intelectuales fue mutando a una presentación más dicharachera y desenfadada. “Contestataria”, dirá la feligresía. Muchas gafas de pasta, mucha barba, mucho sombrero y boina. Los sitios de reunión, el **Café La Bastilla**, el brumado **salón de té Astor**, el **bar Metropol**, la **cafetería Donald** al lado del **Teatro Junín**, la **Heladería Bamby** y el **salón Versalles**, al que llegaron desde su apertura en 1961 y diez años duraron tomando café y viendo subir a las pipiolas en minifalda por las escaleras

al segundo piso. También cuentan que inundaron con su arrebatadora presencia los prohibitivos salones del **Club Unión** o la democrática **Plazuela de San Ignacio**.

Hasta el sol de hoy

Fundado hace 100 años por *Hipólito Londoño*, pero muerto con el siglo pasado, el **Café La Bastilla** los vio pasar a todos, a los Panidas, a los nadaístas, a los tertuliantes sin nombre, a los intelectuales, a los que se creen y a los que buscan serlo. Bohemios, políticos y universitarios de todo raigambre expresaron y debatieron allí sus ideas. Hoy el nombre del café da vida a un pasaje que acaba de ser remodelado para atraer a quienes huyeron del centro, o para que los borrachos y desordenados de turno luzcan más presentables.

Venido a menos con la decadencia del centro como centro intelectual y por mucho tiempo en manos del hampa, la iniciativa renovadora del Plan de Transformación del Centro lo puso otra vez en el mapa, a finales del año pasado. Ahora es un agradable punto de encuentro con equipamiento renovado que busca atraer de nuevo el poder de la palabra e intenta darle un segundo o tercer aire a aquellas reuniones espontáneas de quienes buscan



Plazuela de San Ignacio



Plazuela de San Ignacio



Parque del Periodista

El Pasaje La Bastilla y el Parque del Periodista y sus alrededores, constituyen el eje intelectual del centro de Medellín hoy en día.



Pasaje La Bastilla

Ningún otro lugar como el centro de Medellín ha visto florecer tantas reuniones, tertulias, grupos de pensamiento y colectivos intelectuales. Es una historia que tiene más de 200 años.

unirse en torno a un ideal o quienes buscan interlocutores para debatir las ideas en un ambiente culto y respetuoso.

Cafeterías, puntos de venta de lotería, bares y por supuesto, el comercio de libros y discos, son el principal imán del lugar. En esa suerte de bodega intelectual de dos pisos, llamada **Centro Comercial del Libro y la Cultura**, tratan con una suerte de canto de sirena, de atraer a los lectores de ocasiones y a quienes quieren hablar de literatura, arte, música, poesía, en fin.

Esas reuniones se dan bajo los clubes de lectura en voz alta, embriones de tertulias que se resisten a morir y que se llevan a cabo en algunos de los locales del lugar. Aun va gente a tertuliar, a comprar libros, a leer, a untarse de intelectualidad como hace 100 años.

Palabras de humo

Último, pero no menos importante, es el **Parque del Periodista** (o **El Guanábano** para los amigos) y sus alrededores de la carrera Girardot con la calle Maracaibo, donde se ubican el Viejo Vapor y cuerdas más arriba, **El Acontista**, centros de reunión, comida y bebida para la actual intelectualidad que campea por el centro.

“**Ensanduchado**” entre La Candelaria y Boston y a una cuadra de La Playa, este espacio de 1.114 metros cuadrados se ha convertido desde los años 70 en otro polo atrayente sobre todo para las figuras del periodismo o para quienes quieren serlo. Famosas fueron las reuniones de los colegas y estudiantes de la noble y mal paga carrera que discutían bajo la sombra arbórea sobre los hechos de actualidad.

Un busto del cubano *Manuel del Socorro Rodríguez*, fundador del primer periódico que se editó en Colombia, preside el lugar, junto a la esfera de niños jugando, que recuerda a los ocho menores que fueron asesinados en la masacre de Villatina hace 28 años, en uno de los crímenes de estado más sonados en la ciudad.

De todo lo mencionado en este artículo se discute allí, donde también tiene sede en una de las edificaciones, justo arriba del Bar El Guanábano, una de las publicaciones de periodismo, crónicas y reportajes más reconocidas de Medellín, **Universo Centro**, vestigio actual de lo que pudieron ser aquellos impresos que hace 100 o 120 años traían luces culturales y destellos de nuevas ideas y análisis de nuestra actualidad convulsa, esa que alimenta por fortuna las mentes de las nuevas generaciones de intelectuales, escritores, periodistas y poetas, que en medio del producto exhalado de la cannabis sativa, mantienen viva la sana costumbre de compartir conocimiento, abrir la mente a toda suerte de corrientes de pensamiento y generar nuevas formas de interpretar la realidad que parece tan irreal a veces, como ahora **■**

La casa de los anónimos

La diversidad que ofrece el centro de Medellín lo ha convertido en el lugar favorito por grupos que históricamente han sufrido discriminación.

Por: **Vanesa Restrepo**
Fotos: **Omar Portela**

En menos de cinco kilómetros cuadrados, el centro de Medellín es escenario —a veces simultáneo— de expresiones culturales y fenómenos sociales tan diversos como las fiestas afro, las marchas del orgullo gay o las ceremonias indígenas.

Y no es gratuito. El profesor **Luis Fernando González**, que ha dedicado buena parte de su vida a estudiar la historia de Medellín y su arquitectura, sostiene que el centro es un lugar de anonimato, una condición apetecida cuando los estigmas abundan.

Luis Carlos Mena, un chochoano que habitó Medellín por más de 10 años, asegura que sus sitios favoritos de la ciudad siempre fueron el **parque de San Antonio**, los bares vecinos a la **Placita de Flórez** y una zona de Moravia a la que llaman **Chocó Chiquito**. “Esos lugares eran atractivos para nosotros porque encontrábamos pares, es decir, gente con los mismos intereses, gustos y cultura, y eso es muy importante cuando uno ha sufrido el desplazamiento, el desarraigo y la discriminación”, asegura.

En los alrededores del parque de San Antonio, por ejemplo, hay decenas de peluquerías y barberías que se especializan en el manejo del pelo afro, y en donde se cuentan historias que casi siempre tienen como escenario el Urabá antioqueño o algún poblado alejado de Chocó.

Yerry, quien no da su apellido, trabaja hace un par de meses en el sector y dice que la fiesta es el común denominador de esta zona. Pero también la comida: no falta la señora que vende dulces de coco y viche (bebida alcohólica) y los restaurantes especializados en comida del pacífico. “Con cosas así, ¿quién no se siente como en la casa?”, agrega el muchacho nacido en Itsmina, Chocó.

Pero la llegada de los hombres y mujeres de piel negra a estas tierras, como a muchas otras, empezó con la esclavitud. En los primeros censos oficiales de habitantes en Colombia, se contaban aparte los esclavos: en 1912 había 477 hombres y 466 mujeres esclavizados pero casados. Otros 1.753 esclavos eran solteros y 2.672 mujeres se consideraban esclavas solteras.

En todo el país la cantidad de personas esclavizadas (103.892) era casi igual a la población de Antioquia (104.253).

En honor a ellos, **Yerry** espera cada año el San Pachito, la versión paisa de uno de los festivales más importantes de su tierra donde se rinde homenaje a las tradiciones del Pacífico y visibiliza el patrimonio cultural inmaterial de las comunidades negras en la ciudad. “Nuestros bailes son la forma de decir que estamos

vivos y libres”, declara mientras mueve el cuerpo al ritmo de la música.

Barrios de todos los colores

Los límites imaginarios entre la **avenida Oriental**, el **parque de Bolívar** y **Junín** marcan el espacio en el que Medellín se viste de varios colores, los de la bandera LGBTIQ+. En ese sector está **Barbacoas**, tal vez el sitio más emblemático para la comunidad gay de Medellín.

Cuenta la historia que a mediados del Siglo XX a esta calle se le conocía como la del Calzoncillo. La mayoría dice que es por la forma triangular que crea al unirse con la Avenida Oriental y Sucre, pero algunos como **Miguel Gómez**, asiduo visitante, creen que el apodo viene precisamente de ellos, de los hombres que buscaban la oscuridad y el anonimato para vivir su sexualidad sin ser juzgados o agredidos.



Calles como Perú y Barbacoas se volvieron espacios de encuentro para la comunidad LGBTIQ+ en los últimos 30 años. Hoy los bares ya no son espacios secretos y oscuros, sino que en sus fachadas tienen pintada la bandera que los identifica.

Unos metros más abajo está Perú, el hogar de mujeres trans que ejercen la prostitución. Ambos sitios tienen un pasado común: hace casi un siglo fueron hogar de familias tradicionales, pero con la expansión urbana y el deterioro del centro en los años 80, se fueron quedando solas.

Ya en los 90 empezaron a surgir los bares. El primero y más famoso fue **El Machete**, de propiedad de los hermanos **Orlando y Oscar Gómez**, así como el **Club Barbacoas** y **El Paisa**. Los tres surgieron como bares tradicionales, pero poco a poco se fueron llenando de parejas homosexuales.

Y en la última década los bares se hicieron más públicos: unos ya tienen sus fachadas pintadas con la bandera del orgullo gay, mientras otros se han transformado en espacios culturales. El más emblemático hoy es **The Gallery At Divas**, donde un pequeño bar se volvió casi en un museo, con exposiciones temporales.

Victoria Strauss, activista trans y estudiante de la Universidad de Antioquia, señala que el anonimato del centro hace que los miedos de representarse y reconocerse se disuelvan entre el mar de gente. “Aún es transgresor salir trepada (vestida con ropa y pelucas femeninas), pero en este tipo de espacios una se siente más segura”, dice.

Ella trabaja en la **Casa de la Diversidad**, un espacio que la Alcaldía de Medellín creó para brindar asistencia psicosocial y acompañamiento a la población sexualmente diversa de la ciudad. Allí también les brindan acceso a internet, espacios para socializar y se reúnen con colectivos de distinta índole para crear estrategias conjuntas. La casa ahora está bajo la tutela de la recién creada Gerencia de Diversidades Sexuales.

Uno de sus sueños, confiesa, es poder ayudar a muchas de las mujeres trans que ejercen la prostitución en la calle Perú. “Ellas han sufrido muchas violencias. Acá al lado, cerca de la Catedral Metropolitana, pasaban camionetas con hombres que de la nada disparaban sin importar quien cayera. Yo fui afortunada porque tuve una familia que no me marginó cuando decidí mostrarme como soy, que no me abandonó y que me permitió seguir estudiando”, agrega.

Lugares sagrados

Pero no todos los grupos pueden contar esa misma historia de apropiación



Victoria Strauss es una de las activistas trans que hoy trabaja con el gobierno local para buscar un mejor futuro para su comunidad.

de espacios. En Medellín, a pesar de que hay presencia de 34 de los 107 pueblos indígenas del país, no existe un lugar de socialización o intercambio cultural para ellos.

Ludys Perea, líder indígena, sostiene que en parte eso se debe a las condiciones en las que casi todos llegan a Medellín. “Nosotros llegamos aquí porque perdimos tierras y familias. La dinámica de tener que pagar arriendo es muy extraña para nosotros. Las artesanías, que es lo que sabemos hacer para vivir, casi nunca nos da para pagar esos gastos y educar a nuestros hijos”, dice.

En la ciudad, según el censo de 2018, había 4.000 indígenas, de los cuales casi el 60% reside en cuatro comunas: 10 (La Candelaria), 11, 3 y 4. Muchos de ellos llegaron a la ciudad en condición de desplazamiento y hoy ocupan los inquilinatos de Niquitao. Solo en ese sector, en 2017, la Alcaldía de Medellín documentó la presencia de 224 indígenas, de los cuales 128 eran niños.

Lo más cercano a un sitio de reuniones es la casa que el **cabildo Chibcaríwak** adoptó en el barrio Prado y que funciona como maloca. Allí, cada cierto tiempo, **Ludys** va para conectarse con sus ancestros, aclarar sus pensamientos y revivir sus tradiciones.

Aún así, ella siente que parte de su cultura se está perdiendo por la falta de enlaces con la tradición oral e inmaterial, que es la base de la mayoría de las tribus. Por eso se unió con varios compañeros para emprender una lucha que hasta ahora no ha dado frutos: pedir que se respeten algunos lugares que para ellos son sagrados.

“En el Cerro El Volador y el Cerro Nutibara hay sitios sagrados de los Nutibara donde muchos de nosotros quisieramos poder ir tranquilos para conectarnos con nuestros ancestros. Ese es un sueño que algún día será realidad”, concluye.

Culturas y contraculturas

En los 70 y 80 Medellín fue escenario de enfrentamientos entre distintas tribus urbanas como los punkeros, skinheads, raperos y demás. Hoy siguen existiendo, pero ya no existe esa confrontación que había antes. El historiador **Luis Fernando González** lo adjudica a la ola de violencia que padeció la ciudad entre los 80 y 90, y que afectó a todos los ciudadanos por igual.

Cómo se vive en uno de los barrios menos habitados de Medellín

De los 17 barrios de la zona, hay tres con menos de 100 habitantes: Calle Nueva, Guayaquil y Corazón de Jesús. Le contamos cómo se vive en uno de estos barrios.

Por: Juan Moreno

Fotos: Giuseppe Restrepo

El centro de Medellín tiene 17 barrios inscritos en la comuna que lo conforma, la 10. Hay unos tradicionalmente habitados y que siempre han tenido vocación de vivienda, como Prado y Boston, y otros, paradójicamente los más antiguos, que han ido cambiando su sentido familiar para convertirse en centros de comercio que hierven de gente en el día y adquieren un halo fantasmagórico en las noches, cuando cierran los comercios y solo quedan los bares y algunos hoteles en funcionamiento, manteniéndolos con vida mientras amanece.

La zona donde todo comenzó hace 345 años, según el perfil demográfico de la Gerencia del Centro, tienen vivienda hoy 85.587 personas, 43.846 mujeres y 41.741 hombres, la mayor parte en el rango comprendido entre 27 y 59 años (22.401 personas). El barrio más habitado del centro es Boston, donde viven 20.328 personas. Por el contrario, en el que menos gente duerme es en Calle Nueva, que comienza en la calle 37 (Av. 33) y va hasta San Juan, entre Carabobo y la Avenida del Ferrocarril. Allí se registran 38 habitantes, 19 hombres y 19 mujeres. En esta zona se ubica el sector conocido como La Bayadera, lleno de gente buscando autopartes en el día y vecino de los centros de poder (La Alpujarra) en Medellín. Por sus vías pasan miles de pasajeros al día, pero en la noche, el silencio es el compañero de los pocos vecinos.

En ese mar estadístico también encontramos datos curiosos, como el de Guayaquil, que hace cien años era el barrio más importante de Medellín, epicentro de la fiesta, los negocios, la conversación y una que otra puñalada, y donde aún tienen vivienda en el barrio 43 personas y es el único con más hombres que mujeres. Por otra parte, en el barrio más antiguo de Medellín, San Benito, son 1.766 los habitantes.

¿Qué es lo que motiva a permanecer en el centro a sus habitantes? ¿Por qué no sucumben ante los encantos de las laderas del oriente y el occidente, la expansión y calidad de vida del sur o las nuevas soluciones de vivienda del norte?



José Fernando Jaramillo

Por el centro de Medellín, Comuna 10, pasa diariamente más de un millón de personas, solo cerca de 85.000 de ellas tienen aquí su sitio de residencia.

José Fernando, testigo de una transformación

Comunicador social, sicólogo, magister en educación y desarrollo humano y próximamente doctor en ciencias sociales y además docente, José Fernando Jaramillo vive con una hermana y la madre de ambos, desde que nació, hace 43 años, ha vivido en la torre Los Libertadores, un emblemático conjunto de apartamentos, la primera unidad residencial cerrada que tuvo Medellín, con zona de oficinas y locales que conoció un enorme apogeo en los años 70 tras su construcción en 1969 por parte de Fraternidad Caritativa. El conjunto residencial está donde alguna vez tuvo asiento la feria de ganados de Medellín, hace poco más de cien años y luego el cobertizo para los vagones del antiguo tranvía, en la carrera 59 (Av. del Ferrocarril) con la calle 49, donde termina, o empieza según se le mire, el barrio Corazón de Jesús, “Barrio Triste” para los amigos, que a comienzos del siglo pasado se llamó precisamente, “Los Libertadores”.

“Yo no elegí este lugar para vivir, este lugar me eligió a mí”, sorprende de entrada José Fernando con la respuesta. “Mi familia lleva más de 50 años

en este sector, nunca he conocido otro lugar para mi vivienda salvo un año en el que estuve viviendo en el Amazonas por cuestiones de trabajo”.

A nuestro invitado la experiencia de vivir en el centro de la ciudad le ha parecido muy común, al fin y al cabo casi todos sus días han pasado allí, aunque resalta lo que casi todos los habitantes del centro abonan como ventaja, la interacción con el resto de la ciudad teniendo como epicentro, el centro. “Desde aquí puedo desplazarme hacia las periferias, tengo cerca todo el transporte, los equipamientos de ciudad y desde aquí he sido testigo de sus propios procesos de urbanización y transformación a través de las intervenciones físicas recientes del centro”. Relata que le tocó la llegada del metro (la estación Cisneros está a unas cuadras), el Metroplús, la construcción del Centro Administrativo La Alpujarra y dice que todo eso ha formado su experiencia de vida como habitante de Medellín.

De toda la vida

En la torre Los Libertadores los habitantes son casi que sus mismos miembros fundadores. “Aquí hay gente que lleva 30, 40 y hasta 50 años, nos hemos visto envejecer juntos, nacer juntos y crecer juntos”, ríe. Y aunque la vida de los vecinos de su generación ha ido tomando otros rumbos en su desarrollo social y personal, todos siguen manteniendo un lazo afectivo con la unidad residencial en la que se criaron, formando una especie de hermandad solidaria que los lleva a festejar triunfos y logros de los copropietarios y sus familias. De la misma manera, cierran filas en torno a los vecinos cuando hay pérdidas y se sienten como propias.

Los vecinos flotantes de José Fernando y los demás habitantes de Los Libertadores, son las empresas y locales de confecciones, que en un principio eran solo fábricas y ahora se han constituido también en vitrinas, motivando un gran flujo de personas en los alrededores. “Ya la interacción no es solo de vecindad sino que es barrial, con los propietarios de las empresas de confecciones, lo cual genera una dinámica comunitaria que es nueva dentro del panorama de convivencia, ya no es la vecindad de puertas para adentro sino que hay puntos de encuentro en los alrededores, a través de las tiendas y los lugares de reunión”.

José Fernando no cree que se haya desvalorizado su vivienda o que no se haya valorizado tanto. Dice que por la cercanía a la estación del metro, del Metroplús y la ampliación de la vocación comercial se ha vuelto atractivo el sitio. La inseguridad, un punto inevitable cuando se habla con los habitantes del centro, no es problema tampoco para él. “Yo creo que un punto paradójico para mí es eso de la sensación de inseguridad. Solo me han atracado por allá en el año 89, cuando Nacional quedó campeón de la Copa Libertadores, que me robaron una

bandera del equipo, y en el 96, que me robaron un reloj mientras esperaba un bus aquí en la Avenida del Ferrocarril. Salir hacia el Puente Colombia y hacia el Hueco puede representar algún peligro pero aquí, por ejemplo, no hay fronteras invisibles, como en otros barrios”.

“Sí, yo vivo en Barrio Triste”

El profesor José Fernando recuerda con simpatía cómo en el colegio, al preguntarle dónde vivía, él decía que en Barrio Triste, para ver la reacción de sus interrogadores, que se quedaban incrédulos. “Siempre lo digo con humor y nunca me he sentido discriminado por eso. La gente reacciona con gracia”.

Ve con buenos ojos la transformación de Medellín y resalta cómo la apuesta cívica de los colectivos comerciales, artísticos y culturales han hecho un papel recuperador de la historia, la memoria y la confianza, creando un espacio público y de encuentro que ha sido un eje central muy interesante en la recuperación de esta zona para la ciudad.

Finalmente no está de acuerdo con repoblar el centro, “porque el centro es de tránsito, es para otro tipo de espacialidades y posibilidades. Traer más habitantes al centro con vivienda nueva, con equipamientos en altura, y además edificios, es traer congestión porque hay población de asiento y no de paso. Un centro de habitación trae otras dificultades de tipo urbano”. Aunque, paradójicamente recomienda vivir en el centro. “Porque no hacerlo, sería renegar de mi existencia, lo que soy y lo que he hecho”.



Unidad Residencial Los Libertadores



Planes parciales seducirán a pobladores para mirar de nuevo al centro

En el Plan de Desarrollo Medellín Futuro quedaron específicamente los estudios técnicos y diseños especiales de los edificios de uso mixto

El centro es un lugar privilegiado para estratos medios, es apropiado para construir vivienda y así propiciar menor uso de medios de transporte.

Por: **Luisa Fernanda Rodríguez**

Fotos: **Omar Portela**

Con el fin de cautivar a los habitantes para adquirir vivienda en Medellín y no en otros municipios, así como aprovechar las características privilegiadas que ofrece el centro de la ciudad, en concordancia con el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) de 2014, diferentes entidades públicas realizan gestiones para la ejecución de varios planes parciales y de operación urbana especial en esta zona.

Específicamente está el Macroproyecto Río Centro, compuesto por 19 espacios de operación urbana especial, en el que la Empresa de Desarrollo Urbano viene trabajando como operadora. Va desde el Distrito de Innovación (barrios Chagualo, Jesús Nazareno, Sevilla y Miranda) y termina horizontalmente sobre el eje del río Medellín casi a la altura de la calle 30, indicó **María Antonia Loaiza Escobar**, directora inmobiliaria de la EDU (Empresa de Desarrollo Urbano).

De acuerdo con lo informado a comienzos de este año por **Jorge Iván Torres**, director de **Isvimed**, el déficit era de 50.000 unidades habitacionales en la capital antioqueña, por lo cual la iniciativa de la redensificación del centro cobra mayor importancia.

Entre los planes parciales se ha escogido el área del Macroproyecto Río Centro por su ubicación estratégica: es plana y cuenta con bastantes alternativas de transporte público; además, tiene una amplia oferta

de establecimientos comerciales. “Esta zona tiene la posibilidad de generar servicios públicos suficientes para atender a la comunidad que se desea atraer”, aseveró la Directora Inmobiliaria de la EDU.

Otra particularidad que se ha visto en ese polígono es que no tiene tanta densidad demográfica, pues en su mayoría está conformado por inmuebles destinados a bodegas y grandes locales, haciéndolo el territorio más atractivo para construir unidades domiciliarias y generar la redensificación que se requiere.

“No es solamente traer vivienda, sino esos otros usos complementarios que son los servicios, ese comercio de escala barrial que necesitan precisamente las comunidades que van a ser atendidas y con esto, poder generar el ecosistema para que se den los usos mixtos y puedan convivir en el mismo espacio”, reiteró **Loaiza Escobar**.

A su turno, el arquitecto **Luis Fernando Arbeláez Sierra**, enfatizó que las nuevas soluciones habitacionales en la comuna 10 serán bienvenidas, pues cree que es necesario volver a poblarla por tratarse de un sitio privilegiado de la ciudad para los estratos medios.

“Es un lugar que ofrece muchas oportunidades, tiene variedad en servicios de salud, comercio, educación, entonces es magnífico para llevar vivienda. Es un lugar donde la ciudad de proximidades se da; es decir, la gente que vive en el centro generalmente no tiene que usar el transporte público como la gente que vive en barrios lejanos”, apuntó el urbanista.

San Antonio, uno de los proyectos más concretos

Desde hace varios años se ha hablado del Parque San Antonio como un espacio idóneo para construir unidades habitacionales ya que existen unas oportunidades en el territorio importantes

para satisfacer el déficit, pues no se trata “solo de un plan parcial, sino de una operación urbana especial desde la iniciativa de traer vivienda al centro”, apuntó la experta.

Para ello, lo primero que establecieron desde la **Empresa de Desarrollo Urbano (EDU)** fue plantear la propuesta que está en estudio, en el marco legal. Esta y otras estrategias de desarrollo para San Antonio buscan promover las posibilidades de hacer los proyectos inmobiliarios dentro del Parque. Se ejecutarían en tres unidades de actuación urbanísticas o UAU (áreas conformadas por uno o varios inmuebles, delimitados explícitamente en el plan parcial) con posibilidades de destinar metros cuadrados en apartamentos y en otros usos como comercio y servicios.

Se espera que el plan de renovación urbana sea aprobado, y una vez ocurra esto, se empezará a pensar y a plantear cómo se desarrollarían esos proyectos. Luego, se especificarían los programas inmobiliarios en el territorio.

Posteriormente, se le presentaría toda la iniciativa a quienes hoy habitan en la zona con el fin de que conozcan la posibilidad de participar en la misma. “La idea es poder generar estas alianzas estratégicas entre desarrolladores y comunidad propietaria del suelo para que se puedan generar posibilidades de proyectos inmobiliarios”, dijo la servidora pública de la EDU.

En la actualidad, la administración municipal adelanta conversaciones con varias instituciones para saber a cuáles les interesaría ocupar también ese territorio, pues afirman que es importante acortar los tiempos y así materializar los proyectos de renovación urbana.

Otras propuestas

A su vez, la EDU está trabajando en los planes parciales de **Everfit, la Escuela de Carabineros, Carabineros-Fiscalía, Sevilla, San Pedro, Chagualo, San Benito, Jesús Nazareno, Estación Villa, Corazón de Jesús, Guayaquil, Calle Nueva, Barrio Colón, San Lorenzo, Perpetuo Socorro, Naranjal-Makro, Naranjal y Arrabal**.

Los proyectos más activos que van de la mano de iniciativas de inversión pública y privada son Parque San Antonio como parte de la renovación de **La Candelaria, además de los de Naranjal, Chagualo, Sevilla, Jesús Nazareno, San Pedro y Perpetuo Socorro**.

Edificios de uso mixto, una apuesta por dinamizar la oferta en La Candelaria

Con estos espacios incluidos en el POT se buscará tener una infraestructura de soporte con miras a “darle una vida de normalidad al centro y poder atraer diferentes tipos de vivienda”, explicó **Mónica María Pabón Carvajal**, gerente del centro.

Según el arquitecto Luis Fernando Arbeláez Sierra, es necesario volver a poblar el centro por ser un sitio de ubicación privilegiada de Medellín.

Estos inmuebles contarán con todos los equipamientos necesarios como salas de cine, zonas deportivas, auditorios, guarderías y todo aquello que hace que un barrio sea residencial.

Se les denomina mixtos por tener distintos usos como comercial, servicios y habitacional, pues tendrán unos centros de atención a la ciudadanía desde la administración municipal. La intención de estos proyectos es tener una mayor presencia institucional en barrios como La Candelaria, de modo que los usuarios no tengan que desplazarse hasta La Alpujarra o hasta un MasCerca; también requieren darle mucha fuerza a esos espacios lúdicos, deportivos y recreativos, reiteró la arquitecta **Pabón**.

Todo el proyecto de los edificios mixtos queda en el proceso listo para construcción. Se analizaron ocho lotes, de esos se priorizaron cinco, pero en el Plan de Desarrollo quedaron tres, no se incluyeron más por falta de dinero. No obstante, queda la posibilidad abierta para que en futuras administraciones se pueda continuar con la ejecución en los demás terrenos.

Entre los lotes priorizados se encuentran la **Plaza Minorista**, que comprende la transformación de todo ese sector y el **Centro Comercial Bolívar Prado**. De igual forma, se está estudiando la viabilidad técnica para elegir uno entre dos que son el Centro del Pescado y la Cosecha, y el parqueadero que está detrás del Museo de Antioquia.

“Vamos a sacar estos proyectos a concurso público nacional, abierto a oficinas y escuelas de arquitectura y diseño, porque lo que pretendemos es que estos edificios sean hitos urbanos muy importantes, que tengan unos usos que no sólo sean atractivos para la ciudad, sino que el mismo edificio sea un elemento atractor de turismo y de la transformación del centro”, sostuvo **Pabón Carvajal**.

La administración municipal no construirá los apartamentos, sino que ofrecerá las condiciones para que los promotores inmobiliarios ejecuten los usos residenciales. “La idea con los edificios no es desarrollar vivienda, es proporcionar las condiciones en el territorio para que otros desarrollen vivienda”, anotó la funcionaria.

Lo anterior significa que, por ejemplo, se hará una edificación mixta en La Minorista, ahí no habrá apartamentos, pero al lado estaría el plan parcial San Benito, y con un inmueble de esas características como vecino, a los promotores inmobiliarios les quedaría más fácil ejecutar ese proyecto.

La gerente del centro aseguró que lo único que falta para definir el tercer lote para el proyecto es la viabilidad jurídica y administrativa de la tenencia del terreno.

Cabe acotar que dentro del Plan de Desarrollo esa dependencia municipal tiene un presupuesto; sin embargo, todavía no ha sido entregado, por lo que aún no puede hacer la contratación de algún tipo de estudio. Se espera que en 2021 ya se cuente con los recursos y la iniciativa sea posible. ■



En la zona del Parque San Antonio se aprovecharía mejor el espacio con edificios que contengan soluciones habitacionales, comercio y servicios.

Con los edificios de uso mixto se busca tener todo el soporte de infraestructura para que los promotores inmobiliarios consoliden sus proyectos de vivienda.

Se están evaluando cuáles son los lotes de la comuna 10 que tiene la administración y cuáles son ideales para construir edificios de uso mixto.

Se pretende traer vivienda al centro, específicamente en el Parque San Antonio con estrategias para renovar el espacio público.



La fiesta y la cultura: otras formas de habitar el centro

El corazón de Medellín alberga cines, teatros, bares y discotecas llenas de historia y diversión. Aquí un recuento de cómo se ha habitado a través de sus espacios de entretenimiento.

Por: **Vanesa Restrepo**
Fotos: **Giuseppe Restrepo**

El arte en el centro de Medellín, o por lo menos las artes escénicas, nacieron hace 189 años en el patio trasero de un colegio cuando “varias personas de mucho mérito” se propusieron “dar a esta incipiente sociedad algunos ratos de solaz (esparcimiento), fundando una compañía dramática que la sacara del marasmo en que vivía”. Marasmo, dice la Real Academia Española, es un estado de suspensión o inmovilidad que puede ser moral o física.

El relato lo reconstruyó **Eladio Gónima** en 1909, con el documento llamado “la historia del teatro de Medellín y vejezes”, donde se narra que el grupo de distinguidas personalidades incluía a **Manuel Uribe Restrepo**, **Mariano Ospina Rodríguez**, **Apolinar Villa** y **Pedro Moreno**, entre otros.

Su misión fue pedirle permiso a la autoridad, que en ese entonces era el Gobernador de la Provincia, para instalar el teatro en el patio trasero del Colegio San Ignacio (hoy Claustro Comfama). Gónima cuenta que la primera obra que se presentó fue *Jaira*, de **Voltaire** y que como escenario se usaron un tablado de ocho varas, una sábana colorada que hacía las veces de telón y varias sábanas blancas con letreros precarios que aludían a los sitios donde se desarrollaba la trama: sala, jardín y cárcel, por ejemplo.

La idea fue un éxito y los medellinenses empezaron a pagar 20 centavos por entrar (10 si eran niños o “criados”) o 60, si querían sentarse en alguno de los palcos.

Tres años después **Pedro Uribe Restrepo**, un médico recién llegado de Europa, se juntó con varios amigos —incluyendo a muchos de los que participaron en el teatro de San Ignacio— y se propusieron construir el Teatro Principal de Medellín. Los registros históricos dicen que costó \$12.300, incluyendo los terrenos. Uribe hizo los planos, la obra se inauguró en 1836 y se estrenó con la obra “*Los Horacios y Curiacios*”.

Los teatros nacieron en el centro y se quedaron a vivir aquí por muchas razones. Hoy difícilmente usted encuentra un teatro en otra comuna de Medellín, asegura el arquitecto y doctor en Historia, **Luis Fernando González**.

Javier Jurado, presidente de Medellín en Escena, una asociación que agrupa 18 salas de artes escénicas de la ciudad, lo confirma. Según sus cálculos, por lo menos el 70% de la oferta cultural de la ciudad gravita alrededor del centro y la mayoría de los escenarios están dedicados al teatro.

La magia de las pantallas

El 1 de noviembre de 1898 se proyectó la primera función cinematográfica del país, que fue anunciada con un aviso en el periódico *El Espectador*. La cinta salió desde un proyectoscopio hasta un telón grande en el que se veían 45 imágenes por segundo.

Once años después, en 1909, otro grupo de empresarios se reunió para construir el primer gran teatro de la ciudad y lo bautizaron “*Circo Teatro España*”. En el anuario municipal de la época lo describen como un edificio amplio y elegante, destinado a corridas de toros, representaciones cinematográficas y funciones de variedades.

Y la descripción se queda corta, porque el teatro que se inauguró en 1910 tenía casi una cuadra de extensión. En “*Vida social y cotidiana de Medellín*”, la historiadora **Catalina Reyes** detalla que la sala del España tenía capacidad para 6.000 personas, y que la cifra se bajaba a 4.000 cuando se trataba de corridas de toros.

Este fue el primero de los grandes teatros que aún están en la memoria de los medellinenses. En 1918 abrió sus puertas el Teatro Bolívar, ubicado entre Junín y Sucre, a la altura de la calle Ayacucho. Y en 1924 se abrió el espectacular Teatro Junín, que se especializaba en películas de

Hollywood, México y Europa, y tenía capacidad para 4.700 espectadores.

Bolívar fue derribado 36 años después de su apertura y en su lugar se construyeron locales comerciales. El Junín sobrevivió 44 años y cayó para dar paso a otro símbolo de la ciudad: el edificio Coltejer.

“Era una forma muy distinta de ver cine: las salas estaban siempre en edificios imponentes y traían cine de autor. Pero la crisis que llegó con los betamax y VHS, sumado a los altos costos de mantener semejantes edificaciones, hizo que el cine abandonara el centro y se fuera para los multiplex que llegaron con los centros comerciales y una promesa de seguridad, refrescos saborizados y crispetas”, dice el arquitecto **González**.

En los primeros años del siglo XXI la crisis de cine en el centro tocó fondo y las únicas salas que permanecieron abiertas fueron las del **Centro Colombo Americano**. Su director, **Alejandro Gómez**, cuenta que la idea del cine llegó después de un atentado que sufrió el centro educativo a mediados de los años 80. “Al momento de reestructurar todo deciden abrir una sala de cine. En 1999 se abre la segunda sala”, agrega.

Gómez considera que las salas han conseguido mantenerse a flote —aún con la pandemia— gracias al respaldo institucional que tienen. Pero además a la oferta, de otro tipo de películas que los diferencian de lo que hay en los multiplex: Aquí hay acceso a otro tipo de cine y de cultura, vemos festivales de cine oriental o francés, y películas que vienen de grandes festivales, pero no se reproducen en circuitos comerciales.

Y recientemente les llegó compañía. La caja de compensación familiar Comfama decidió abrir espacios para el cine en el edificio San Ignacio de la plazuela San Ignacio. Las actividades, sin embargo, se han visto afectadas por la pandemia.

La bohemia sigue viva

Y si de algo sabe el centro de Medellín es de la vida bohemia. Aquí nacieron, y aún se mantienen vivos, algunos espacios que sirvieron de escenario para que escritores, músicos y artistas produjeran sus grandes obras.

Una lucha por sobrevivir

Tanto cines como teatros siguen cerrados por la pandemia. El Gobierno Nacional aún no ha dicho cuándo permitirá su reapertura en condiciones sostenibles, pues la propuesta lanzada en septiembre pasado —que les permitía abrir pero restringiendo hasta en 30% el aforo— no era viable económicamente, como explicó en su momento **Medellín en Escena**.

Los bares han regresado paulatinamente y en medio de toques de queda y decretos de Ley Seca que buscan reducir los contactos cercanos y los contagios por coronavirus. A mediados de noviembre los comerciantes protestaron contra esas medidas.

El **Salón Málaga**, uno de los más antiguos, sigue reproduciendo tangos y aún después de la pandemia, se reinventa a través de la enseñanza del baile y de acciones cotidianas como servir tintos y cervezas en la misma mesa, a personas de todas las edades.

Muy cerca de allí también sobrevive **La Boa**, que pasó de ser un bar de tangos a uno de rock y que durante la cuarentena por el coronavirus vivió sus días más oscuros: tuvo que cerrar y pasó a ser una tienda de verduras. “Verlo así fue muy triste pero llegaron nuevos inversionistas, desmontaron todo, crearon una nueva barra y en octubre el bar volvió y yo sentí que recuperaba un hogar”, dice **Andrea Solano**, asidua visitante.

En el **Parque del Periodista** el escenario no ha cambiado mucho. Los bares ya abrieron y afuera las medidas de bioseguridad son casi inexistentes, y en cambio la cerveza y los cigarrillos abundan.

En los alrededores del teatro **Pablo Tobón Uribe** el paisaje sí se renovó. A un costado permanece abierto y concurrido el **Mercado de la Playa**, mientras que los vecinos fueron cambiando. Uno de los nuevos en el barrio es **Julián Esteban Porras**, dueño del bar de metal **Villamil**, quien llegó a finales de octubre.

“Con la pandemia cerramos, como todo el mundo, y también tuvimos que entregar el local que teníamos cerca de la Universidad de Antioquia porque no podíamos pagarlo. Cuando quisimos volver habían subido el arriendo así que empezamos a buscar y decidimos que no queríamos irnos del centro porque este es el espacio de encuentro de la ciudad. En un golpe de suerte, creo, encontré este sitio en un lugar que me encanta”, cuenta.

Algo similar pasó en las Torres de Bomboná. Por lo menos tres bares icónicos cerraron sus puertas y el teatro **Porfirio Barba Jacob** sigue sin recibir público, pero algunos aprovecharon para apostarle al sitio. **Hugo Caro**, quien ya tenía un bar de rock y otro de música romántica (plancha) en la urbanización, decidió tomar en alquiler uno de los locales vacíos para montar otro bar.

El resultado, dice, ha sido bueno: “El centro siempre será el lugar de todos, aquí la gente se reúne por sus intereses en común, no por la pinta que traen. Y hay cultura. Eso no se ve en todos los sitios de rumba”, agrega. ■

Comunidad del centro clama por más escenarios deportivos públicos

Por: Luisa Fernanda Rodríguez

Fotos: Giuseppe Restrepo

Hacer largos desplazamientos hasta el cerro La Asomadera o a la cancha del barrio El Salvador son las principales opciones que tienen los habitantes de la comuna 10 para la práctica deportiva, por lo cual los habitantes claman a la Alcaldía que construya más escenarios de este tipo en La Candelaria.

Para *Andrés Alzate Quintero*, habitante del barrio Boston, la administración ha estado ampliando la cobertura de algunas ciclorrutas y de gimnasios al aire libre, pero esto no es suficiente ya que no están en muchas partes del centro. *“En ocasiones toca hacer desplazamientos muy largos para llegar a un espacio polideportivo”*.

En esta apreciación coincide *Erica Petro Agudelo*, quien vive en la Torre 1 de Bomboná. *“En mi experiencia personal las prácticas deportivas están súper olvidadas por el hecho de tener que desplazarme muchísimo para poder hacer deporte; me parece que es una barrera y más si uno estudia o trabaja, tiene poco tiempo disponible para hacerlo”*.

Ante ese panorama, que no es nuevo, las 13 Juntas de Acción Comunal de los barrios de la comuna 10 desde hace varios años vienen pidién-

dole a la administración municipal de turno la construcción de escenarios deportivos, explicó a Centrópolis, *María Cristina Poveda Ortiz*, presidenta de la JAC de Boston.

La líder indicó que la única cancha que tiene La Candelaria es la ubicada en la Plaza Minorista, pero no es para toda la comunidad sino para quienes habitan ahí.


Desde cuando estaba en campaña a la Alcaldía de Medellín *Daniel Quintero*, en las reuniones que hacía con la comunidad, se le propuso que se aprovechara el predio donde funcionó la Clínica de Fracturas (calle 56 con avenida Oriental), que hoy en día está abandonado. *“Es una extensión de terreno muy grande, hemos propuesto que por qué no lo negocia, en este momento nos está causando perjuicios porque el lugar se ha vuelto la letrina de los habitantes de calle, de los venezolanos, de todo el mundo, es un atracadero”*, reiteró la Poveda Ortiz.

Ella añadió las que 13 Juntas de Acción Comunal cuentan con más de 1.100 millones de pesos y que en la propuesta que le hicieron a la administración municipal están dispuestas a dar este dinero para iniciar el proyecto que estas organizaciones tienen entre manos desde hace varios años.

“Ya hemos hablado con la gerente del centro, Mónica María Pabón, quien nos ha dicho que eso es de un privado” y, por tanto, no se puede hacer nada ahí.

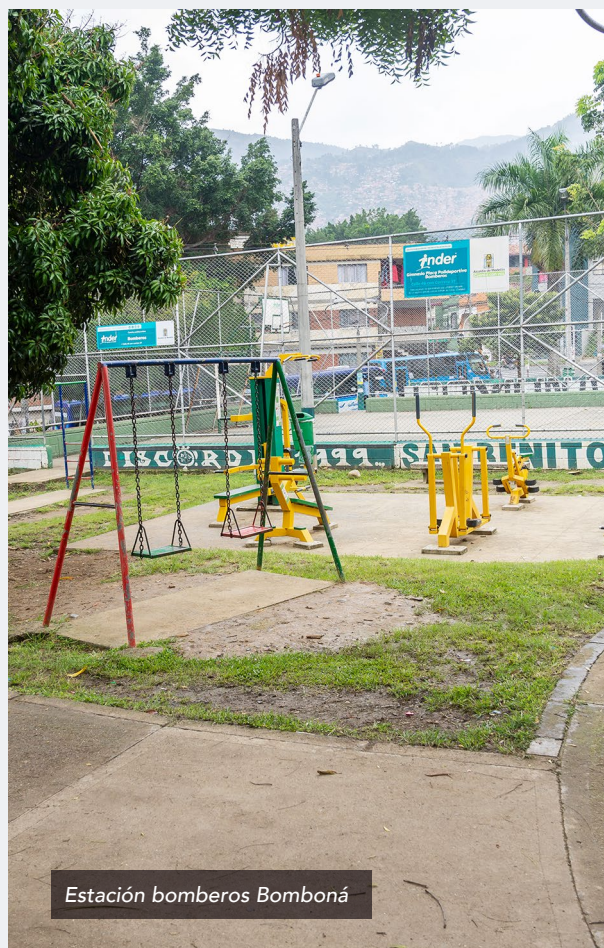
La petición reiterada es que el Municipio compre el predio como cuando se hace para ejecutar una obra de infraestructura; por ejemplo el Parque Bicentenario en Boston. *“En este caso estamos hablando de la compra, estamos apostándole al proyecto con más de 1.000 millones de pesos. Tampoco es que nos den regaladas las cosas, tenemos un dinero tres años ahí y sin embargo, esta es la hora que no hemos tenido respuesta”*, insistió la Presidente de la JAC.

Admitió esta líder que los diferentes Alcaldes han hecho caso omiso a la solicitud, pues no ha habido voluntad política para la construcción de un escenario deportivo en La Candelaria. *“En la dirección Bolivia con la Avenida Oriental se podría hacer una unidad deportiva buenísima y nos quedaría equidistante a los 17 barrios que tiene la comuna 10”*.

Finalmente, la líder de la JAC de Boston, aseveró que *“debería mirarse desde la administración con otros ojos, porque lo que estamos pidiendo ni siquiera es un lujo, sino una necesidad que tenemos en la comuna”* 



Predio donde funcionó la Clínica de Fracturas



Estación bomberos Bomboná



Barrio Corazón de Jesús